

los sofocaba, les impedía hablar. ¿Era tristeza, una tristeza infinita, inconsciente, sin nombre? puesto que sus párpados se cuajaron de lágrimas, como si hubiesen malogrado su existencia y llegado al fondo de la miseria humana. Entonces él, enternecido y lastimado, no acertando con una idea, ni una frase de agradecimiento, la besó en la frente.

V

El 15 de Mayo, un viernes, Claudio, que había regresado de casa de Sandoz á las tres de la mañana, encontrábase durmiendo, á las nueve, cuando le despertó la portera presentándole un gigantesco ramo que acababa de traer un recadero. Comprendió que Cristina le felicitaba de antemano por el éxito de su obra; aquel era su día magno: la inauguración del Salón de los Recusados creado aquel mismo año y donde iba á exponer su obra desechada por el Jurado del Salón oficial.

Este delicado obsequio, estos lirios frescos y balsámicos que saludaban su despertar, conmovieronle profundamente, como presagio de un día feliz. En camisa, descalzo, corrió á colocarlos en su palangana, sobre la mesa. Después, abotargados aún los ojos, medio-azorado, vistióse, maldiciendo su mucho dormir. El día antes había prometido á Dubuche y á Sandoz ir á buscarles en casa de éste para dirigirse los tres al Palacio de la Industria, donde encontrarían al resto de la pandilla. ¡Y eran ya las nueve!

Cabalmente, con nada podía acertar ahora en su taller, en el mayor desorden desde la salida del magno lienzo. Por espacio de cinco minutos anduvo buscando sus zapatos, de rodillas, entre viejos bastidores. Volaban partículas de oro, pues no sabiendo de dónde sacar el dinero para un marco, había hecho ajustar cuatro maderos por un carpintero de la vecindad, y los había dorado él mismo auxiliado por su amiga, que dió muestras de ser muy inhábil doradora. Por fin, vestido, calzado, con su sombrero hongo salpicado de amarillas chispas, disponíase á salir cuando una idea supersticiosa le llevó de nuevo hacia el ramillete que permanecía solo, sobre la mesa. Si dejaba de besar aquellas flores, sufriría un fracaso, de fijo. Las besó, aspirando su penetrante olor primaveral.

Ya en el patio, dijo á la portera, entregándole la llave:

—Estaré ausente todo el día.

En menos de veinte minutos llegó á casa de Sandoz, calle d'Enfer; y aun cuando temía no encontrarle, hallóle igualmente retrasado á causa de una indisposición de su madre; nada grave, sólo una mala noche, que le había tenido inquieto y trastornado. Tranquilo actualmente, le refirió que Dubuche había escrito que no le es-

perasen, citándoles para allá. Partieron ambos, y como eran cerca de las once, decidieron almorzar en el fondo de una lechería desierta, de la calle Saint-Honoré, con mucha calma, asediados por cierta pereza en su ardiente deseo de ver, y gozando una especie de tierna melancolía en la evocación de antiguos recuerdos de juventud.

Daba la una, mientras cruzaban los Campos Eliseos. Hacía un día precioso, de límpido cielo, cuyo azul parecía avivado por una brisa, todavía fresca. Bajo el sol, color de trigo sazonado, las hileras de castaños mostraban hojas nuevas, recién barnizadas de verde pálido; y las fuentes, con sus impetuosos surtidores, los céspedes esmeradamente conservados, la profundidad de las avenidas y la anchura de los espacios daban al vasto horizonte un aspecto de gran lujo. Algunos carruajes, raros á la sazón, subían, mientras una oleada de gente, perdida y agitándose como un hormiguero, se precipitaba bajo el enorme arco del Palacio de la Industria.

Sintió Claudio un leve escalofrío al entrar en el gigantesco vestíbulo, fresco cual bodega y cuyo húmedo suelo resonaba bajo los pies como un pavimento de iglesia. Miró, á derecha é izquierda, las dos monumentales escaleras y murmuró con desdén:

—Oye, ¿habremos de cruzar su indecente Salón?

—¡Ah! no—respondió Sandoz.— Deslicémonos por el jardín. Allá, en el fondo, encontraremos la escalera del Oeste, que da á la sección de Recusados.

Y, desdeñosos, pasaron entre las mesitas de vendedoras de catálogos. A lo lejos, más allá de los inmensos cortinajes de terciopelo rojo, destacábase el jardín de cristal tras un pórtico de sombra.

En aquel momento estaba casi vacío el jardín; sólo había gente en el bufé, bajo el reloj, almorzando. Toda la muchedumbre se hallaba en el piso principal, en las salas; y solamente las estatuas blancas erguíanse en las calles de arena amarilla, que cortaban netamente el verde dibujo de los céspedes: pueblo de mármol inmóvil, paralizado y congelado en un gesto, interminable fila de cabezas, brazos, piernas, mezclados, bañados por la luz difusa que descendía en polvillo de los altos cristales. Al mediodía, unas cortinas de tela obstruían una mitad de la nave, rubia bajo el sol, manchada en sus dos extremos por los tomasoles rojos y azules de las vidrieras. Unos pocos visitantes, fatigados ya, ocupaban las sillas y los bancos nuevecitos de reluciente pintura, mientras los vuelos de los gorriones que habitaban, en el aire, el bosque de los armazones de hierro fundido, abatíanse con leves gritos de persecución, semi-azorados y removiendo la arena.

Claudio y Sandoz afectaron caminar rápidamente, sin dirigir una mirada en torno suyo. Un bronce rígido y noble, la *Minerve*, de un miembro del Instituto, les tenía exasperados desde la puerta. Y, al apretar el paso á lo largo de una interminable línea de bustos, percibieron á Bongrand, solo, andando lentamente en derredor de una figura yacente, colosal y exuberante, que estaba en mitad de una avenida. Cruzadas atrás las manos, absorto, inclinaba á cada momento sobre el yeso su inquieta faz.

—¡Cómo! ¿son ustedes?—exclamó, después de un recíproco apretón de manos.—Precisamente, estaba contemplando la escultura del amigo Mahoudeau que, cuando menos, han sabido admitir y colocar en buen punto...

E interrumpiéndose:

—¿Vienen ustedes de arriba?

—No, acabamos de llegar.

Entonces les habló calurosamente del Salón de Recusados. El, que pertenecía al Instituto, pero que vivía apartado de sus colegas, tomaba la cosa á broma: el eterno descontento de los pintores, la campaña dirigida por periodiquillos como el *Tambour*, las protestas, las reclamaciones continuas que al fin habían llamado la atención del Emperador, y el golpe de estado artístico de ese soñador silencioso, pues la medida sólo procedía de él; y el azoramiento, la batahola general á consecuencia de ese guijarro caído en el pantano de las ranas.

—No—prosiguió—no pueden ustedes formarse idea de la indignación de los miembros del jurado! ¡Y aún desconfían de mí y se callan, cuando estoy presente! Todos los furoros rujen contra los asquerosos realistas. Ante ellos se cerraban sistemáticamente las puertas del templo, y por ellos el Emperador ha querido que el público pudiese revisar el proceso; por fin, ellos triunfan... ¡Ah! ¡si oyesen ustedes las que oigo! ¡no daría dos sueldos por sus pellejos, amiguitos!

Reía á más no poder, con los brazos abiertos, como para abrazar á la joven generación que sentía brotar del suelo.

—Sus discípulos crecen—dijo Claudio sencillamente.

Con un gesto impúsole silencio Bongrand, vaga la mirada como perplejo. El nada había expuesto, y toda esa producción á través de la cual caminaba, esos cuadros, esas estatuas, ese esfuerzo de creación humana, le causaba cierta pena. No eran celos, no, pues no existía alma más elevada, ni mejor; era la conciencia de sí propio, el sordo miedo de la impotencia.

—Y en los Recusados, ¿cómo va?—le preguntó Sandoz.

—¡Magnífico! Ya verán ustedes.

Después, volviéndose hacia Claudio y estrechándole ambas manos:

—Usted, querido, es un héroe... Créame usted; yo, á quien juzgan malévolo, daría diez años de mi vida por haber pintado su picarona de mujer.

Tal elogio, salido de semejantes labios, conmovió profundamente al joven pintor. ¡Por fin, había alcanzado una victoria! No acertando con una palabra de gratitud, habló bruscamente de otra cosa para ocultar su emoción.

—¡Ese buen Mahoudeau! ¡qué figura tan perfecta! Fogoso temperamento, ¿verdad?

Sandoz y él iban caminando en torno del yeso. Bongrand, con cierta sonrisita, respondió:

—Sí, sí; demasiados muslos, demasiado pecho; pero, miren ustedes las articulaciones de los miembros, ¡qué finura, qué solidez! Ea, adiós, dejo á ustedes. Voy á sentarme un rato; ¡tengo las piernas molidas!

Claudio había levantado la cabeza y escuchaba. Un ruido enorme, que al principio no le llamó la atención, rodaba por los aires con estrépito incitante; era un clamor de tempestad batiendo la costa, el fragor de un asalto infatigable precipitándose desde lo infinito.

—¡Toma!—murmuró,—¿qué ocurre?

—Eso—dijo Bongrand, alejándose,—es la gente, allá arriba, en las salas.

Y los dos jóvenes, después de atravesar el jardín, entraron en el Salón de los Recusados.

Habíanlo instalado perfectamente; no estaban mejor alojados los lienzos *admitidos*: ricos tapices en las puertas, barandillas ornadas de sarga verde, banquetas de terciopelo rojo, pantallas de tela blanca sobre los vanos-vidrieras de los techos; y en la crujía de las salas subsistía el primer aspecto, el mismo oro de los marcos, la misma

mescolanza de lienzos. Pero reinaba allí una alegría de buena ley, un brillo de juventud que nadie percibía claramente á primera vista. La muchedumbre, ya compacta, iba aumentando de minuto en minuto, dejando desierto el Salón oficial, presurosa, hostigada de curiosidad, movida del deseo de juzgar á los jueces, gozando ya desde el umbral con la certidumbre de ver cosas en extremo divertidas. Hacía un calor sofocante, sutil polvillo levantábase del suelo; sería cosa de ahogarse á las cuatro de la tarde.

—¡Diantre!—exclamó Sandoz, abriéndose paso con los codos;—¡no será cómodo maniobrar aquí, y dar con tu cuadro!

Apresurábase en una fiebre de fraternidad. Aquel día sólo vivía para la obra y la gloria de su antiguo camarada.

—¡Calma, hombre!—repuso Claudio,—ya llegaremos. No hay miedo de que mi cuadro eche á volar.

Y por su parte afectó no darse prisa, á pesar de las irresistibles ganas que tenía de correr. Levantaba la cabeza, miraba. Pronto, entre el ruidoso murmullo de la muchedumbre distinguió ligeras risas, contenidas aún, que cubrían el rumor de los pies y el ruido de las conversaciones. Algunos visitantes bromeaban, mirando ciertos lienzos. Esto le inquietó, pues tenía una credulidad y una sensibilidad de mujer en medio de sus brutalidades revolucionarias, disponiéndose siempre al martirio, y siempre sangrando, siempre estupefacto al verse rechazado y mofado. Murmuró:

—¡Qué alegres están por aquí!

—¡Bah! no hay para menos—le hizo observar Sandoz.—Mira, sino, esos extravagantes rocines.

En este momento, retrasados aún en la primera sala, dió con ellos, sin verlos, Fagerolles. Sintió un estremecimiento, contrariado, sin duda, por el

encuentro. Sin embargo, reponiéndose en seguida, y con suma amabilidad:

—¡Toma! en vosotros pensaba... Aquí estoy hace más de una hora.

—¿Dónde han metido el cuadro de Claudio?—preguntó Sandoz.

Fagerolles, que acababa de pasar veinte minutos plantado ante el cuadro, estudiándolo y estudiando la impresión del público, respondió sin vacilar:

—No lo sé, no he podido descubrirlo. Vamos á buscarlo juntos, ¿queréis?

Y se unió á ellos. El terrible farsante no afectaba ya tantos andares de pilluelo; vestido correctamente, aunque siempre burlón hasta morder, dibujábase en sus labios una grave mueca de buen muchacho que anhela medrar. Y añadió como convencido:

—¡Yo soy quien deploro no haber expuesto algo este año! Me encontraría aquí entre vosotros y me alcanzaría una parte de triunfo... Y á fe que hay cosas sorprendentes, chicos. Por ejemplo, esos caballos...

Y señalaba, frente á ellos, el vasto lienzo ante el cual la muchedumbre se agrupaba riendo. Era, según decían, obra de un antiguo veterinario; caballos de tamaño natural sueltos en un prado; pero caballos fantásticos, azules, violeta, rosa, y cuya sorprendente anatomía les horadaba la piel.

—¡Dí! ¿te estás burlando de nosotros?—exclamó Claudio, receloso.

Fagerolles fingió entusiasmo:

—¡Cómo! ¡pero si está lleno de cualidades! ¡Se ve que el buen hombre conoce perfectamente el caballo! Sin duda, pinta como un gorrino. Pero, ¿qué importa, si es original y expone un documento?

Su astuto rostro de muchacha permanecía gra-

ve; imposible saber si se estaba chanceando. Apenas en el fondo de sus ojos grises relucía una amarillenta chispa de malignidad. Y añadió esta alusión pérfida, de que él solo pudo gozar:

—¡Bah! ¡si te dejas catequizar por los imbéciles que ríen, pronto verás cosas mayores!

Los tres camaradas, que de nuevo habían echado á andar, avanzaban con dificultad suma entre aquel oleaje de hombros. Al penetrar en la segunda sala, recorrieron las paredes de una ojeada; pero no estaba allí el cuadro. Lo que vieron fué á Irma Bécot del brazo de Gagnière, ambos aplastados contra un cimacio, él examinando un cuadró, mientras ella, encantada con la acumulación de gente, levantaba su sonrosado hocico, riendo á la muchedumbre.

—¿Cómo?—dijo asombrado Sandoz.—¿Conque ahora está con Gagnière?

—¡Oh! ¡un capricho!—explicó Fagerolles tranquilamente.—¡El caso es tan chusco!... Ya sabéis que acaban de ponerle un pisito muy mono; si, ese imbécil de marqués, tan citado en los periódicos, ¿recordáis? Esta moza hará carrera, siempre lo dije... Pero por más que la coloquen en lechos blasonados, de vez en cuando le da el furor de los catres, y ciertas noches necesita el desván de un pintor. Y así fué que, sin la menor reserva, se presentó en el café Baudequin el domingo pasado, á la una de la mañana. Acabábamos de salir todos, menos Gagnière, á quien dejamos dormido junto á su jarro de cerveza... Y la bribonzuela se apoderó de Gagnière.

Irma les había percibido y les lanzaba, de lejos, tiernos mimos. Hubieron de acercársele. Cuando Gagnière volvió la cabeza, con sus cabellos descoloridos, su pequeña faz imberbe, y el aire más picaresco que de costumbre, no manifestó la menor sorpresa:

—Es inaudito—murmuró.

—¿El qué?—preguntó Fagerolles.

—Este primor... ¡Y además, ingenuo, concienzudo, convencido!

Y designaba el minúsculo lienzo ante el cual se hallaba absorto, un lienzo absolutamente pueril, que un chicuelo de cuatro años hubiera podido pintar, una casita al borde de un sendero, con un arbolillo al lado, todo ello de través, cernido de trazos negros, sin olvidar el sacacorchos de humo que salía del techo.

Claudio hizo un gesto nervioso, mientras Fagerolles repetía con flema:

—Bonito, muy bonito... Pero ¿dónde está tu cuadro, Gagnière?

—¡Allí!

En efecto, el lienzo expuesto por él se hallaba precisamente al lado de la obrita maestra. Era un paisaje grisperla, un ribazo del Sena esmeradamente pintado, de tono simpático, aunque algo pesado y de perfecto equilibrio, sin ninguna rudeza revolucionaria.

—¿Y han sido asaz necios para no admitirlo?—dijo Claudio que se había aproximado con interés.—Pero, ¿por qué? ¿en qué se fundan?

Efectivamente, no había razón que explicase la negativa del Jurado.

—Porque es realista—dijo Fagerolles, con voz tan incisiva que no era dado comprender si se mofaba del cuadro ó del Jurado.

Entretanto Irma de quien nadie se ocupaba, miraba fijamente á Claudio, con la inconsciente sonrisa que la selvática ridiculez de este mocetón dibujaba en sus labios. ¡Y pensar que ni siquiera se le había ocurrido la idea de volverla á ver! La moza le encontraba tan distinto, tan chusco, nada guapo á la sazón, erizado, borrosa la tez como después de un ataque de fiebre. Y apenada

de que al parecer no advirtiesen su presencia, quiso llamar su atención, tocándole un hombro con gesto familiar.

—Diga usted, ¿aquél de allá, no es uno de sus amigos?

Era Dubuche, á quien conocía por haberlo encontrado en el café Baudequin. Hendía trabajosamente el compacto grupo, mirando á la ventura sobre el mar de cabezas. Pero, de repente, mientras Claudio gesticulando intentaba llamarle, el otro le volvió la espalda saludando respetuosamente á un grupo de tres personas, un padre obeso y corto, de faz congestionada, rubicunda, sangre sobrado cálida, una madre enormemente flaca, color de cera, comida por la anemia y una hija tan enclenque, á sus dieciocho años, que aún ofrecía la pobre delgadez de la primera infancia.

—¡Bravo!—murmuró el pintor,—¡cátale preso! ¡Valientes relaciones, las de ese animal! ¿dónde pescó tamaños horrores?

Gagnière, con la mayor tranquilidad, dijo que las conocía de nombre. El padre, Margailan, era un famoso contratista de obras, más de seis veces millonario y aún iba aumentando su fortuna en los grandes trabajos de París, edificando por sí solo bulevares enteros. Sin duda Dubuche había trabado relaciones con él por medio de cualquiera de los arquitectos que el antiguo albañil empleaba.

Pero Sandoz, apiadado de la delgadez de la joven á quien seguía con la vista, la juzgó con su frase.

—¡Ah! ¡pobre gatito desollado! ¡qué lástima!

—¡Déjales!—declaró Claudio con ferocidad;—en su faz ostentan todos los crímenes de la burguesía; sudan escrófula y necedad. Muy bien... ¡Toma! ese descastado se larga con ellos. ¡Habrá fatuo! ¡Buen viaje y hasta la vista!

Dubuche, que no había percibido á sus amigos, acaba de ofrecer el brazo á la madre y se alejaba, explicando los cuadros, con exuberantes ademanes de exagerada complacencia.

—Ea, sigamos andando nosotros—dijo Fagerolles.

Y dirigiéndose á Gagnière:

—¿Sabes tú dónde han metido el lienzo de Claudio?

—Yo no, buscándolo andaba... Voy con vosotros.

Y los acompañó dejando olvidada á Irma junto al cimacio. De ella había salido la idea de visitar el Salón, colgada de su brazo, y él estaba tan poco acostumbrado á pasear así una mujer, que la perdía á cada paso en su camino, atónito al encontrársela de nuevo al lado, no sabiendo cómo ni por qué estaban juntos. La moza corrió, cogió el brazo para seguir á Claudio, que entraba ya en otra sala, con Fagerolles y Sandoz.

Entonces los cinco vagaron, en fila, mirando á lo alto, separados por un empujón, reunidos por otro, arrebatados por la corriente. Una obra monstruosa de Chaîne los detuvo, un Cristo perdonando á la mujer adúltera, secas figuras cortadas en madera, de armazón huesosa manchando de azul la piel y pintada con fango. Pero, al lado, admiraron un precioso estudio de mujer, vista de espaldas, de salientes lomos y vuelta la cabeza. Aquella era una mezcla de lo excelente y de lo peor, todos los géneros confundidos; los almibarados de la escuela histórica codeando á los jóvenes locos del realismo, los simples necios apilados en el montón con los fanfarrones de la originalidad; una Jezabel muerta que parecía haber entrado en putrefacción en los sótanos de la Escuela de Bellas Artes, junto á la curiosísima visión de un ojo de gran artista; un inmenso Pastor contemplando el mar, fábula, frente á un cuadro,

españoles jugando á la pelota, toque de luz de intensidad espléndida. Nada faltaba en lo excrable, ni los cuadros militares de soldaditos de plomo, ni la antigüedad descolorida, ni la Edad Media embadurnada de betún. Pero de tan incoherente conjunto surgía grato perfume de juventud, bravura y pasión, sobre todo en paisajes, casi todos de nota sincera y exacta, y retratos, en su mayoría de factura interesante. Si en el Salón oficial había menos lienzos malos, su promedio era, de seguro, más vulgar y mediocre. Creíase aquí, uno, en una batalla, batalla alegre, llena de verbosidad, cuando amanece, y suenan los clarines y se ataca al enemigo en la seguridad de derrotarlo antes de ponerse el sol.

Claudio, rejuvenecido por este hálito de lucha, animábase, se enojaba, oía crecer las risas del público, con ademán provocador, cual si hubiese oído silbar las balas. Discretas á la entrada, las risas sonaban más fuertes, menos retenidas á medida que avanzaba. En la tercera sala, ya las mujeres no las sofocaban bajo sus pañuelos, los hombres tendían el vientre á fin de respirar mejor. Hilaridad contagiosa de una muchedumbre reunida para divertirse, excitándose poco á poco, estallando por una nonada, jovializada tanto por las cosas bellas, como por las detestables. Reíase menos ante el Cristo de Chaîne que ante el estudio de mujer cuya saliente grupa, cual si surgiese del lienzo, producía un extraordinario efecto cómico. También la *Dame en blanc* asombraba y agrupaba á la gente; dábanse con los codos, retorciáanse de risa; había allí siempre un grupo con la boca abierta. Y cada lienzo obtenía también su éxito, algunos llamaban á otros de lejos, para contemplar una rareza, circulando de boca en boca interminables chistes, por manera que Claudio, al entrar en la cuarta sala, azotado por

esa tempestad creciente estuvo á pique de abofetear á una vieja señora cuyos cacareos le exasperaban.

—¡Qué idiotas!—dijo volviéndose á sus compañeros.—¿Eh? ¡ganas tengo de echarles obras maestras á la cabeza!

También estaba enfurecido Sandoz; y Fagerolles continuaba alabando en voz alta las peores pinturas, lo cual aumentaba las risotadas, mientras Gagnière, divagando entre el ruido, arrastraba á Irma encantada, cuyas faldas se enredaban en las piernas de todos los hombres.

Pero, de repente, compareció Jory, con su gran nariz y su rubicunda faz de guapo mozo. Hendía violentamente el gentío, gesticulando, radiante, como si se tratara de un triunfo personal. En cuanto divisó á Claudio, gritóle:

—¡Eres tú, por fin! Hace una hora que te estoy buscando... ¡Qué ovación, chico, qué ovación!

—¿Cuál?

—¡El éxito de tu cuadro! ¡Ven, hombre, ven á presenciarlo! Ya verás, ya; ¡es abrumador!

Claudio palideció; sofocábale inmenso gozo, mientras fingía acoger la noticia con flema. Recordó la frase de Bongrand; ¡creyóse un genio!

—¡Hola! ¡buenos días!—continuaba Jory, cambiando apretones de manos con los demás.

Y tranquilamente, él, Fagerolles y Gagnière, rodeaban á Irma, la cual les sonreía como en familia, según ella misma decía.

—Pero ¿dónde está?—preguntó impaciente Sandoz.—Guíanos tú.

Jory abrió la marcha, seguido de la banda. Hubo que apelar al puñetazo, en el umbral de la última sala, para entrar. Claudio, que formaba la retaguardia, seguía oyendo crecer las risas,

un clamoreo ascendente, el mugir de una marea que iba á alcanzar su máximo. Y al penetrar en la sala vió una masa enorme, bulliciosa, confusa, en montón, que se aplastaba ante su cuadro. Todas las risas se hinchaban, se expansionaban, convergían allí. ¡Reían de su obra!

—¿Qué tal?—repitió Jory, triunfante,—¡vaya un éxito!

Gagnière, intimidado, avergonzado, como si le hubiesen dado de cachetes, murmuró:

—Demasiado... No; preferiría otra cosa.

—¡Necio!—repuso Jory en un arranque de convicción exaltada.—Eso es éxito, sí... ¿qué te importa que rían? Hétenos lanzados: mañana todos los periódicos hablarán de nosotros.

—¡Imbéciles!—exclamó únicamente Sandoz con voz casi estrangulada.

Fagerolles se callaba, con el aire desinteresado y digno de un amigo de la familia que acompaña el fúnebre cortejo. Sólo Irma continuaba alegre, parecíale chusco el lance; después, con un gesto mimoso, apoyándose contra el hombro del pintor silbado, tuteóle y le insinuó dulcemente en el oído:

—No vayas á enfadarte por eso, chico. Son tonterías que no impiden divertirse.

Pero Claudio permanecía inmóvil. Sentíase helado. Su corazón se había detenido un momento; ¡tan cruel era la desilusión! Y, los ojos desmedidamente abiertos, atraídos y fijados por invencible fuerza, miraba su cuadro atónito, y reconociéndolo apenas en la vasta sala. Verdaderamente no era la misma obra que en su taller. Había adquirido un tinte amarillento bajo la pálida luz de las pantallas de tela; parecía también disminuído, más brutal y más laborioso á la vez; y, fuese por efecto del vecindario, fuese á causa del nuevo medio, á la primera ojeada vió todos sus

defectos, después de haber vivido meses enteros ciego ante su obra. Reformábala con unos cuantos retoques, dotábala de mayor perspectiva, realizaba un miembro, modificaba el valor de un tono. Decididamente, el señor con americana de terciopelo no valía nada, empastado, mal sentado; sólo era bella la mano. En el fondo, las dos luchadoras, la rubia, la morena, demasiado descuidadas, carecían de solidez y sólo podían cautivar los ojos de un artista. Pero estaba satisfecho de los árboles, del claro bañado por el sol, y la mujer desnuda, la mujer tendida sobre la hierba, parecíale superior á su mismo talento, como si otro la hubiese pintado, y él aún no la conociera, en aquel esplendor de vida.

Volvióse á Sandoz, diciéndole sencillamente:

—Motivo tienen para reír... es incompleto... No importa; ¡la mujer está bien! ¡Bongrand no se ha burlado!

Su amigo se esforzaba en alejarle de allí; pero él, terco, se acercaba todavía más. Ahora que tenía juzgada su obra, escuchaba, miraba á la muchedumbre. Continuaba la explosión, agravándose en escala ascendente de carcajadas. Desde la puerta veía entreabrirse las mandíbulas de la gente, achicarse los ojos, ensancharse los rostros todos; y eran hálitos tempestuosos de hombres gordos, rechinamientos mohosos de hombres flacos, dominados por los agudos flautines de las mujeres. En frente, contra la barandilla, la gente se echaba atrás, cual si la hiciesen cosquillas. Una señora acababa de dejarse caer sobre un banco, apretadas las rodillas, ahogándose, procurando recobrar aliento con su pañuelo. El rumor de aquel cuadro tan chusco debía propagarse; abalanzábase á él desde los cuatro ángulos del Salón, llegaban nuevos grupos empujándose, anhelosos de ver. «¿Dónde está?—¡En el fondo!—¡Oh! ¡qué

guasa!» Y los chistes caían más crudos que allá; el asunto era lo que más pábulo daba á la jovialidad; no lo comprendían, parecían insensatos, de ridiculez supina. «Esa mujer tiene demasiado calor, y en cambio el señor se ha endosado su americana de terciopelo para no resfriarse.—No tal; la mujer está azulada; el señor la ha sacado de un pantano y descansa á cierta distancia, tapándose la nariz.—¡Vaya qué hombre tan descortés! ¡bien podría enseñarnos su otra cara!—Os digo que es un colegio de niñas paseando; mirad aquel par jugando al salto mortal.—¡Hola! ¡una legía! las carnes, azules; los árboles, azules, de seguro que ha pasado su lienzo por la colada.» Los que no reían, poníanse furiosos; aquel azulear de los reflejos, aquella nueva nota de luz parecían un insulto. Unos ancianos blandían los bastones: ¿podía tolerarse semejante ultraje al arte? Un personaje grave se alejaba, vejado, declarando á su mujer que no era amigo de bromas pesadas. Pero otro, un hombrecillo meticuloso, después de buscar en el Catálogo la explicación del cuadro, para la instrucción de su hija, leía en voz alta el título: *Plein air*, dando pie á un recrudecimiento formidable de gritos y silbidos. Circulaba la frase, repetíase, comentábase: *Plein air, ¡oh, sí! ¡el ventre al aire! ¡todo al aire! ¡tra-la-la-laire!* La cosa convertíase en escándalo, la muchedumbre seguía en aumento, los rostros se congestionaban en el calor creciente, cada cual con la boca abierta y necia de los ignorantes que fallan de pintura, expresaba por sí solo toda la suma de necedades, de reflexiones absurdas, de risitas estúpidas y malignas que el aspecto de una obra original puede arrancar á la imbecilidad burguesa.

Y entonces, como de remate, vió Claudio aparecer á Dubuche, arrastrado por los Margaillan. En cuanto llegó ante el cuadro, el arquitecto,

perplejo, víctima de necia vergüenza, quiso acelerar el paso, llevarse á su gente, afectando no haber divisado el lienzo, ni á sus amigos. Pero ya el contratista se había plantado sobre sus cortas piernas, abriendo desmesuradamente los ojos y preguntándole muy alto, con su gruesa y bronca voz:

—Diga usted, ¿quién es el marrano que ha parido eso?

Este arranque brutalmente infantil, ese grito de millonario advenedizo que resumía el promedio de la opinión, dió nuevo brío á la jovialidad, y él, engreído de su triunfo, cosquilleado por la rareza de aquella pintura, soltó el trapo á su vez, pero con un reír tal, y tan desmesurado y tan ronflante en el fondo de su gordo pecho, que dominaba á los demás. Era el *aleluya*, el estallido final de los grandes órganos.

—Llévese usted á mi hija—dijo la pálida señora Margaillan al oído de Dubuche.

Este se precipitó, dando el brazo á Regina, que había entornado los párpados; y puso en juego vigorosos músculos como si hubiese salvado á aquel pobre sér de un peligro de muerte. Luego, despidiéndose de los Margaillan á la puerta, con grandes apretones de mano y saludos altamente corteses, corrió al encuentro de sus amigos, diciendo descaradamente á Sandoz, á Fagerolles y á Gagnière:

—¿Qué queréis? no es culpa mía... Ya le advertí que el público no sabría comprenderle. Es una marranada, sí, por más que digáis, ¡es una marranada!

—También silbaron á Delacroix—interrumpió Sandoz, pálido de coraje, con los puños cerrados. —Y á Courbet también. ¡Ah! ¡raza enemiga, estupidéz de verdugos!

Gagnière, que actualmente compartía este re-

sentimiento de artista, enojábase al recuerdo de sus contiendas del domingo en favor de la buena música en los *Conciertos Padeloup*.

—¡Y silban á Wagner! ¡son los mismos, les reconozco!... ¡Mirad! aquel viejo, aquel de allí...

Fué preciso que Jory le contuviese. El, por su parte, hubiera amotinado á la muchedumbre. Repetía que era famoso, que allí había por cien mil francos de publicidad. E Irma, más animada, acababa de encontrar en la multitud á dos amigos, dos bolsistas, que figuraban entre los más encarnizados zumbones, y á quienes ella adoctrinaba, obligándoles á encontrar aquello muy bueno, dándoles palmaditas en los dedos.

Pero Fagerolles no había despegado los labios. Seguía examinando el lienzo y dirigía ojeadas al público. Con su olfato de parisiense y su elástica conciencia de astuto mozo, dábase cuenta del error; y vagamente entrevía lo que sería menester para que aquella pintura conquistase á todo el mundo, algunas artimañas tal vez, atenuaciones, reforma del asunto, suavización de la factura. La influencia que Claudio ejerciera en él, persistía profunda, indeleble. Sólo que, parecíale que ese diablo de Claudio se había vuelto loco rematado, exponiendo semejante quisicosa. ¿No era estúpido contar con la inteligencia del público? ¿Para qué aquella mujer desnuda con un señor vestido? ¿Qué significaban las dos luchadoras del fondo? Y con todo ello, las cualidades de un maestro, una obra como no había dos en el Salón! A su pesar, sentía cierto desprecio contra ese pintor admirablemente dotado, que excitaba la hilaridad de París, como el último de los embadurnadores.

Y el desprecio adquiría tales proporciones, que no pudiendo ocultarlo más, dijo en un arranque de invencible franqueza:

—Oye, chico, tú te lo quisiste; ¡el necio eres tú!

Claudio, silencioso, apartando la vasta de la muchedumbre, le miró. No había desfallecido, únicamente palidecía bajo las risotadas, agitados los labios por un temblorcillo nervioso; nadie le conocía, sólo su obra era abofeteada. Después, volvió sus ojos al cuadro, recorriendo desde allí los otros lienzos de la sala, lentamente. Y, en el desastre de sus ilusiones, en el agudo dolor de su orgullo, aspiró un hálito de vapor, una bocanada de salud, al ver aquella pintura tan jovialmente osada, asaltando á la antigua rutina con tan desordenada pasión. Consolábase y se remozaba, sin remordimientos, sin contricción, impelido, por el contrario, á chocar más aún con el público. Verdaderamente, había allí no pocas faltas de aptitud, no pocos esfuerzos pueriles, pero ¡qué lindo tono general, qué golpe de luz nueva, luz gris de plata, fina, difusa, amenizada con todos los efectos oscilantes del aire libre. Aquella era como una ventana bruscamente abierta en la antigua crema de betún, en los recocidos caldos de la tradición, y el sol penetraba y las paredes sonreían á aquella mañana de primavera. La nota clara de su cuadro, aquel azulamiento tan zaherido, destacaba sobre los restantes. ¿No era el alba esperada, un nuevo día surgiendo para el arte? Percibió, con una ojeada, á un crítico que se detenía, sin reír; á pintores célebres sorprendidos, grave el aspecto; al buen Malgrás, muy sucio, yendo de cuadro en cuadro, con su mueca de inteligente catador, parándose en contemplación ante su lienzo, inmóvil, absorto. Entonces volvióse á Fagerolles, asombrándole con esta tardía contestación:

—Cada cual es necio como puede, chico, y es

de creer que continuaré siéndolo... Tanto mejor para ti, ¡si eres avisgado!

Acto seguido, Fagerolles le dió un golpecito en el hombro en són de chanza, y Claudio se dejó tomar el brazo por Sandoz. Al fin se lo llevaban; la pandilla entera dejó el Salón de los Recusados, decidiendo pasar por la Sala de Arquitectura, porque desde hacía un rato, Dubuche, á quien habían admitido un *Proyecto de Museo*, estaba pateando y suplicábales con tan humilde mirada, que parecía difícil negarle esta satisfacción.

—¡Ah!—dijo con fruición Jory, al entrar en la sala.—¡Qué nevera! ¡Aquí se respira!

Todos se descubrieron, enjugando sus frentes con fruición, cual si acabasen de entrar en fresca umbría, después de una larga caminata al sol. Del techo, cubierto por una gran cortina de tela blanca, descendía una claridad igual, silenciosa, dulce, que se reflejaba, como un inmóvil manantial de agua, en el espejo del pavimento bruñido. En las cuatro paredes, de color rojo, desteñido, los proyectos, grandes y pequeños marcos, bordados de azul claro, exhibían las manchas lavadas de sus matices de acuarela. Y solo, absolutamente solo en este desierto, un señor barbudo permanecía en pie ante un *Proyecto de Hospicio*, sumido en profunda contemplación. Aparecieron tres señoras, azoráronse y atravesaron la sala huyendo á pasitos acelerados.

Ya Dubuche mostraba y explicaba su envío á los amigos. Era un solo bastidor, una saleta de *Museo*, que había expuesto cediendo á prematura ambición, fuera de las reglas y contra la voluntad de su maestro, que, sin embargo, había intervenido para que la admitiesen, creyendo interesaba en ello su palabra!

—¿Se destina tu *Museo* á acoger los cuadros

de la *Escuela del aire libre*?—preguntó Fagerolles muy formal.

Gagnière, moviendo la cabeza, admiraba, pensando en otra cosa; mientras Claudio y Sandoz, por amistad, examinaban y se interesaban sinceramente.

—¡Vaya! ¡no está mal!—dijo el primero.—Los adornos adolecen todavía de una tradición sobrado bastarda... Mas no importa; ¡eso vale!

Jory, impaciente, acabó por interrumpir:

—¡Ah! ¿queréis que nos larguemos? Yo aquí me constipo.

La pandilla emprendió de nuevo la marcha. Lo peor era que para seguir el camino más corto, había que atravesar todo el Salón oficial; resignáronse, á pesar de que se habían jurado no sentar allí las plantas, en són de protesta. Hendiendo la muchedumbre, avanzando tiesos, en línea, siguieron la hilera de las salas, repartiendo á derecha é izquierda miradas de indignación. Ya no era el jovial escándalo de su Salón, aquellos tonos claros, aquella exagerada luz de sol. Marcos de oro, llenos de sombra, subseguíanse; cosas afectadas y negras, desnudeces de taller amarilleando bajo claridades de bodega, todo el desecho clásico, historia, género, paisaje, empapado en la misma grasa de la convención! Rezumaba de las obras una mediocridad uniforme, la suciedad fangosa de tonos que los caracterizaba, aunque con la buena manera de arte de sangre pobre y degenerada. Y apretaban el paso, galopando para huir de aquel reino del betún todavía subsistente, condenándolo todo en bloque, en su injusticia de sectarios, y clamando que allí no había nada, nada, nada!

Por fin, escaparon; y bajaban al jardín, cuando encontraron á Mahoudeau y Chaîne. El primero se lanzó á los brazos de Claudio.

—¡Ah! ¡querido! tu cuadro ¡qué temperamento!
El pintor inmediatamente alabó la *Vendangeuse*.

—Ya puedes hablar tú, después de lanzarles á la cara tu soberbio lienzo.

Pero la vista de Chaîne, á quien nadie hablaba de su *Femme adultère* y que divagaba silencioso, le dió lástima. Hallaba profunda melancolía en la execrable pintura, en la vida malograda de aquel campesino, víctima de las admiraciones burguesas. Sacudióle cariñosamente, gritando:

—¡Preciosa obra la de usted! ¡Ah! ¡querido!
¡se ve que el dibujo no le asusta!

—No por cierto—declaró Chaîne, cuya faz respiraba purpúrea vanidad, bajo las negras malezas de su barba.

Mahoudeau y él se unieron á la pandilla, y aquel preguntó á los demás si habían visto el *Sémeur* de Chambouvard. ¡Era inaudito; la única obra escultural del Salón! Todos le siguieron al jardín, á donde ahora acudía la muchedumbre.

—¡Toma!—repuso Mahoudeau, deteniéndose en mitad de la calle central—allá está Chambouvard ante su *Sémeur*.

Efectivamente, allá estaba un hombre obeso, vigorosamente aplanado sobre sus robustas piernas y admirándose. Hundida entre los hombros la cabeza, su gruesa faz ofrecía la belleza del ídolo indio. Decían que era hijo de un veterinario de los alrededores de Amiens. A los cuarenta y cinco años, había producido ya veinte obras maestras, estatuas sencillas y vivientes, carne muy moderna modelada por un obrero de genio, sin refinamiento; y todo ello al azar de la producción, dando sus obras como un campo de hierba, bueno hoy, malo mañana, ignorando completamente lo que creaba. Llevaba la carencia de sentido crítico hasta el punto de no distinguir entre los más gloriosos hijos de sus manos y los detesta-

bles muñecos que hacía en ocasiones. Sin fiebre nerviosa, sin una sola vacilación, siempre firme y convencido, tenía el orgullo de un dios.

—¡Soberbio *Sémeur*!—murmuró Claudio, —¡y qué ejecución, qué gesto!

Fagerolles, que no había mirado la estatua, reíase, en su interior, del grande hombre y de la cola de discípulos que generalmente formaban su séquito.

—Miradles; ¡diríase que comulgan! ¿Y él? ¡qué bella testa de bruto desfigurada en la contemplación de su ombligo!

Efectivamente, solo y á sus anchas entre la general curiosidad, Chambouvard se embobaba con el aire estupefacto del hombre que se admira de haber parido semejante obra maestra. Parecíale verla por primera vez, no acertando á darse razón de ello. Después, como en éxtasis, movió la cabeza, dando suelta á una risita suave, invencible, y repitiendo por diez veces:

—Tiene gracia... tiene gracia...

Todo su séquito extasiábase en pos de él, mientras á él no se le ocurría otra cosa para expresar la adoración que se profesaba á sí propio: encontraba gracioso su incomparable genio.

Mas en esto, la gente se rebullió: Bongrand, que andaba paseando, cruzadas atrás las manos, vago el mirar, acababa de tropezar con Chambouvard; y el público, abriendo paso, cuchicheaba, interesándose en el apretón de manos cambiado por los dos artistas célebres, bajo y sanguíneo el uno, y largo y temblón el otro. Oyéronse frases de compañerismo: «¡Siempre prodigios!—¡Bah! ¿y usted, nada este año?—No, nada. ¡Descanso busco!—¡Vaya, vaya! ¡eso viene por sí solo!—¡Adiós!—¡Adiós!» Dicho esto, Chambouvard, acompañado de su corte, echó á andar lentamente á través de la muchedumbre, con mira-

das de monarca venturoso de su existencia, mientras Bongrand, que había percibido á Claudio y á sus amigos, dirigióse á su encuentro con manos febriles, y les designaba al escultor, con un movimiento nervioso de la barba, diciendo:

—¡De veras me da envidia! ¡Siempre convencido de que produce obras maestras!

Felicitó á Mahoudeau por su *Vendangeuse*, mostróse paternal para todos, con su sobrada bondad y su displicencia de antiguo romántico reformado, condecorado. Después, dirigiéndose á Claudio:

—¡Vaya! ¿no lo dije? Ya ha visto usted, allá arriba... ¡Es usted jefe de escuela!

—¡Ah! sí—respondió Claudio;—se ocupan de mí... ¡Usted, usted es nuestro maestro!

Bongrand repitió su gesto de vago sufrimiento y dijo, alejándose:

—¡Calle usted; si ni siquiera lo soy mío!

Todavía anduvo vagando un rato la banda por el jardín. Habían vuelto á contemplar la *Vendangeuse*, cuando Jory notó de repente que Gagnière ya no llevaba del brazo á Irma Bécot. Este quedó atónito: ¿dónde diablos la había perdido? Mas cuando Fagerolles le hubo enterado de que la muchacha se había quedado entre la muchedumbre con dos señores, tranquilizóse y siguió á los amigos, más ligero, aliviado de aquella conquista que le aturdiría.

Actualmente, era sumamente dificultosa la circulación. Todos los bancos estaban tomados al asalto, numerosos grupos obstruían las avenidas, donde la lenta marcha de los paseantes se detenía, refluyendo á cada momento hacia los bronces y los mármoles de sensación. Del atestado bufé surgía un poderoso murmullo, un ruido de tenedores y platos, que se añadía al estremecimiento viviente de la ancha nave. Los gorriones

habían vuelto á posarse en los travesaños del tinglado de hierro, dejando oír sus agudos gritos, el piar con que saludaban al sol poniente, bajo los tibios cristales. Y dominando este mar del jardín, el estrépito de las salas de arriba, el rumor de los pies sobre los pavimentos de hierro, seguían rugiendo, con su clamor de tempestad batiendo la costa.

Claudio lo percibía distintamente, acabando por no tener en sus oídos más que ese rumor de huracán, desencadenado, ahullante. Eran los silbidos y las risotadas que soplaban tempestuosas ante su cuadro. Hizo un gesto enervado, y exclamó:

—¡Ea! ¿qué demonio haremos aquí? Yo no tomo nada en el bufé, huele demasiado á Instituto... ¿Vamos á beber una cerveza, fuera? ¿venís?

Todos salieron, molidas las piernas y la faz alargada y desdenosa. En el exterior respiraron ruidosamente, con delicia, saboreando la suave naturaleza primaveral. Acababan de dar las cuatro, el sol oblicuo enfilaba los Campos Elíseos; y todo llameaba, las apretadas colas de los carruajes, las hojas nuevas de los árboles, los surtidores de las conchas que surgían y volaban en polvillo de oro. Con lento paso bajaron, vacilaron un momento y entraron por último en un cafetín, el *Pavillon de la Concorde*, á mano izquierda, junto á la Plaza. El local era tan exiguo, que hubieron de sentarse á una mesa, al aire libre, á pesar del frío que caía de la bóveda de follaje, ya frondosa y oscura. Pero, más allá de las cuatro hileras de castaños, de esa faja de sombra verduzca, exhibíase ante ellos la calzada de la avenida llena de sol; veían pasar á París á través de una gloria, los carruajes irradiando como astros, los grandes ómnibus amarillos más dorados que carros triunfales, jinetes cuyas monturas pa-

recían centellear, y peatones que se transfiguraban y se fundían en la luz.

Y, durante más de tres horas, frente á su copa todavía llena, Claudio habló, discutió, con creciente fiebre, quebrantado el cuerpo, preñada la cabeza de toda la pintura que acababa de ver. Era, con los camaradas, la habitual salida del Salón, más apasionada este año por la medida liberal del Emperador: una oleada ascendente de teorías, una embriaguez de opiniones extremas que empastaba las lenguas, una repetición sin fin, y esta vez más acalorada, de las mismas ideas, toda la pasión del arte en que ardía su juventud.

—¡Vaya! ¿y qué?—clamaba él;—el público ríe; hay que educar al público... En el fondo, es una victoria. Suprimid doscientos lienzos grotescos, y nuestro Salón aplasta el suyo. Tenemos valor y osadía; representamos el porvenir... Sí, sí; ya veréis; mataremos su Salón. En él penetraremos, como conquistadores, á fuerza de obras maestras. Ríe, pues, ríete cuanto quieras, París bestia, hasta que caigas de rodillas á nuestros pies!...

E interrumpiéndose, señalaba con profético gesto la avenida triunfal, donde rodaban al sol el lujo y el gozo de la villa. Su gesto se ampliaba, descendía hasta la plaza de la Concordia, que aparecía en escarpa, bajo los árboles, con una de sus fuentes cuyas sábanas líquidas chorreaban, un extremo de sus balaustradas y dos de sus estatuas, *Ruán* de gigantescos pechos y *Lille* avanzando la enormidad de su desnudo pie.

—¡Les divierte el aire libre!—repuso,—¡bien, sea! y el aire libre, la Escuela del aire libre... ¿eh? eso quedaba entre nosotros, no existía ayer, fuera de algunos pintores. Y ahora ellos lanzan la frase; ¡ellos mismos fundan la Escuela! ¡Ah! ¡me place, de veras! ¡Viva la Escuela del aire libre!

Jory iba dándose palmaditas en los muslos.

—¡No te lo decía! ¡Seguro estaba, con mis artículos, de obligarles á esos necios á hincar el diente! ¡Ya tienen tela, y para rato!

Mahoudeau cantaba victoria también, sacando incesantemente á relucir su estatua cuyas osadías detallaba á Chaîne silencioso, único que escuchaba; mientras Gagnière, con la rigidez de los tímidos lanzados á la teoría pura, hablaba de decapitar al Instituto, exigiendo obras cuyo aspecto «echase á la gente de espaldas»; y Sandoz, por simpatía inflamada de trabajador, y Dubuche cediendo al contagio de sus amistades revolucionarias, se exasperaban, golpeaban la mesa y parecían tragarse á París en cada sorbo de cerveza. Sólo Fagerolles conservaba su eterna sonrisa, aunque afectando exaltarse como los demás. Los había seguido por diversión, por el singular placer que hallaba en impeler á sus camaradas á bromitas de mal género. Y mientras hostigaba su espíritu de rebelión, tomaba la firme resolución de consagrarse en adelante á obtener el premio de Roma: esta jornada le decidía, juzgaba necedad comprometer mayormente su talento.

El sol declinaba en el horizonte; sólo había un oleaje descendente de carruajes, el regreso del Bosque, en el oro pálido del Poniente. Y la salida del Salón debía tocar á su fin; desfilaba una larga cola de individuos con facha de críticos, provistos cada cual de su Catálogo bajo el brazo.

De improviso exclamó Gagnière:

—¡Ah! Courajod; ¡descubríos todos ante el inventor del paisaje! ¿Habéis visto su *Mare de Gagny* en el Luxemburgo?

—¡Nunca visto!—vociferó Claudio.—¡Treinta años há que se pintó, y desde entonces nadie le ha sobrepujado!... ¿Por qué lo deja en el Luxemburgo? Debería llevarlo al Louvre.

—¡Pero Courajod no ha muerto aún!—observó Fagerolles.

—¡Cómo! ¿todavía no ha muerto Courajod? ¡Y no se deja ver, y nadie habla de él!

Y fué general el asombro al afirmar Fagerolles que el maestro paisajista, de setenta años cumplidos, vivía en un rincón, al lado de Montmartre, aislado en una casucha, entre gallinas, patos y perros. Así, era posible sobrevivirse; había melancolías de viejos artistas, desaparecidos antes de morir. Todos callaban, sobrecogidos de un estremecimiento, cuando percibieron dando el brazo á un amigo, á Bongrand, congestionada la faz, inquieto el gesto, quien les envió un saludo; y casi en pos de él, entre sus discípulos, mostróse Chambouvard riendo muy alto, pisando de talones, como maestro absoluto, seguro de la eternidad.

—¡Cómo! ¿te vas?—preguntó Mahoudeau á Chaîne, que se levantaba.

Este masculló algunas frases vagas y se alejó después de repartir apretones de manos á los amigos.

—Ya sabes; va á avistarse con tu comadrona—dijo Jory á Mahoudeau;—sí, la herbolaria, la mujer de las pestilentes hierbas... ¡Palabras de honor! ¡he visto alumbrarse sus ojos de repente; eso le da como un ataque de dolor de muelas; y no corre poco, el maldito!

El escultor se encogió de hombros, entre generales carcajadas.

Pero Claudio, sin oír nada, volvía á su apasionado tema. Ahora las emprendía con Dubuche, sobre arquitectura. Verdaderamente, no estaba mal aquel *Proyecto de Museo*; pero, francamente, nada ofrecía de nuevo, reduciéndose en suma á una paciente taracea de las fórmulas de la Escuela. ¿Acaso no marchaban de frente todas las

artes? ¿por ventura la evolución que transformaba la literatura, la pintura y hasta la música no debía renovar la arquitectura? Si jamás la arquitectura debía tener un estilo propio, era seguramente la del siglo en que iban á entrar muy pronto, un siglo nuevo, un terreno barrido, dispuesto á la reconstrucción de todo, un campo recién sembrado, donde debía brotar un nuevo pueblo. ¡Abajo los templos griegos, que ya no tenían razón de ser bajo nuestro cielo, entre nuestra sociedad! ¡abajo las catedrales góticas, puesto que la fe en las leyendas estaba muerta! ¡abajo las delgadas columnatas, los encajes labrados del Renacimiento, esa restauración de lo antiguo ingertada en la Edad media, joyas de arte donde nuestra democracia no podía alojarse! Y quería, y reclamaba con violentos ademanes la fórmula arquitectural de esa democracia, la obra de piedra que la expresara, el edificio donde podría albergarse, algo inmenso y fuerte, simple y grande, ese algo que se indica ya en nuestras estaciones de ferrocarril, en nuestros mercados, con la sólida elegancia de sus armazones de hierro, pero más depurado, realzado hasta la belleza, ostentando la grandiosidad de nuestra conquista.

—Sí, sí, eso es—repetía Dubuche seducido por aquel entusiasmo.—Eso quiero yo; ya verás, ya verás... ¡Déjame llegar á la emancipación, y cuando sea dueño de mí ¡ah! cuando sea dueño de mí!

Anochechía, y Claudio se animaba más y más, embriagado con sus propias palabras con una abundancia y una elocuencia que sus camaradas no le conocían. Todos se excitaban escuchándole, acabando por entusiasmarse ruidosamente á los vocablos extraordinarios que lanzaba, y él mismo, volviendo de nuevo á su cuadro, mentábalo con

gran jovialidad, caricaturizando á los burgueses que lo contemplaban, é imitando la necia escala de las risotadas. Por la avenida, de color ceniciento, ya no se veían desfilar más que las raras sombras de los carruajes. La alameda lateral estaba en plena oscuridad; desprendíase un frío glacial de los árboles anegados en bruma. Sólo un canto perdido surgía de un bosquecillo, detrás del café; algún ensayo en el *Concert de l'Horloge*, la voz sentimental de una mozuela practicándose en la romanza.

—¡Ah! ¡qué buen rato me han dado esos imbéciles!—gritó Claudio con una postrera carcajada.—Creedme; no doy este día por cien mil francos!

Y calló, extenuado. Todos tenían la boca seca. Reinó el silencio, y tiritaron bajo el hálito glacial que soplabá. Y separáronse, con sendos apretones de manos fatigadas, en una especie de estupor. Dubuche estaba invitado á comer. Fagerolles tenía una cita. En vano intentaron Jory, Mahoudeau y Gagnière arrastrar á Claudio á un restaurant de veinticinco sueldos; ya Sandoz se lo llevaba del brazo, inquieto al verle tan alegre.

—Ea, ven, he prometido á mi madre que iría á casa. Comerás un bocado con nosotros y acabaremos el día juntos.

Ambos bajaron al muelle, á lo largo de las Tullerías, apretados uno contra otro, fraternalmente. Mas, al llegar al puente de Saints-Pères, detúvose el pintor, alargando la mano.

—¿Cómo? ¿me dejas?—exclamó Sandoz,—¿no has de cenar conmigo?

—No... gracias... me duele la cabeza... Voy á acostarme...

Y se aferró á esta excusa.

—¡Bueno! ¡bueno!—acabó por decir el otro,

sonriendo;—ya no se te ve, vives como un hurón... Vaya, querido, no quiero estorbar.

Claudio reprimió un gesto doloroso y dejando á su amigo cruzar el puente, continuó avanzando solo, por los muelles. Andaba con los brazos caídos, mirando al suelo, sin ver nada, á largas zancadas de sonámbulo guiado por el instinto. En el muelle de Bourbon, frente á su puerta, alzó los ojos, sorprendido de que un coche de alquiler estuviese parado allí, junto á la acera, estorbándole el paso. Y con el mismo andar mecánico, entró en la portería para tomar su llave.

—La he dado á aquella dama—gritó la portera desde el fondo de su cuarto.—Arriba espera.

—¿Qué dama?—preguntó él azorado, como si despertara de un sueño.

—Esa joven... Vaya, bien lo sabe usted; la que viene cada día.

Sin darse cuenta de nada, decidióse á subir, en una extrema confusión de ideas. La llave estaba en la cerradura; abrió y cerró luego, sin apresurarse.

Y quedó un momento inmóvil. La sombra había invadido el taller, una sombra violácea que penetraba por los cristales de la ventana en melancólico crepúsculo, anegando las cosas. No podía distinguir claro el pavimento, donde los muebles, los lienzos, todo lo que allí se arrastraba vagamente, parecía fundirse, como en el agua mansa de un pantano. Sin embargo, sentada en la orilla del diván destacábase una forma oscura, embarazada por la espectación, ansiosa y desesperada en medio de aquella agonía del día.

Era Cristina; hábala reconocido.

Tendióle ella las manos, diciendo con baja y entrecortada voz:

—Hace tres horas, sí, tres horas que estoy aquí, sola, aguardando... Al salir de allí he tomado un

coche, con ánimo de subir por un momento y retirarme... Pero aquí habría pasado toda la noche; no podía irme, sin haber estrechado á usted la mano.

Prosiguió explicando su violento deseo de ver el cuadro, su escapatoria al Salón y cómo llegó en plena tempestad de risotadas, bajo los silbidos de todo aquel populacho. También la silbaban á ella, escupiendo á su desnudez, esa desnudez cuya brutal exhibición, ante la zumba de París, la había oprimido la garganta desde que entró. Y presa de loco terror, abrumada de sufrimiento y vergüenza, había echado á correr, como si aquellas carcajadas, abatiéndose sobre su desnuda piel, la hubiesen azotado hasta saltarle la sangre. Mas ahora, olvidándose de sí propia, sólo pensaba en él, trastornada por el pesar que debía sentir, agrandando la amargura de este fracaso con toda su sensibilidad de mujer, movida de un deseo de caridad sin límites.

—No se apene usted, amigo mío... Quería verle y decirle que son unos envidiosos, que el cuadro de usted es magnífico y que estoy muy orgullosa y envanecida de haberle ayudado algo, por mi parte...

El la oía balbucear con ardor estas ternezas, inmóvil siempre; y, de improviso, abatiéndose á sus plantas, posó la cabeza entre sus rodillas, vertiendo abundante llanto. Toda su excitación de la tarde, su valentía de artista silbado, su jovialidad y su violencia estallaban actualmente en una crisis de sollozos que le estrangulaba. Aquellas risotadas que le abofetearon desde su entrada en el Salón, habían continuado persiguiéndole, como aullante jauría, allá, en los Campos Elíseos, después, á lo largo del Sena, y finalmente aquí, en su casa, á sus espaldas. Todo su vigor le había abandonado; sentíase más dé-

bil que un niño; y, restregando la cabeza, repitió, con voz extinguida y gesto vago:

—¡Dios mío! ¡cuánto sufro!

Ella, entonces, con ambas manos, levantóle hasta su boca, en un arranque de pasión, y besándole, le infundió hasta lo más hondo de su corazón, con tibio hálito:

—¡Cállate! ¡cállate! ¡te amo!

Se adoraban. Su compañerismo debía converger á estas bodas, sobre aquel diván, en la aventura de aquel cuadro que, poco á poco, los había enlazado. El crepúsculo los envolvió; permanecieron uno en brazos de otro, extenuados, llorando bajo este primer goce de amor. Junto á ellos, sobre la mesa, los lirios que le enviara por la mañana, embalsamaban la noche; y las partículas de oro, esparcidas, voladas del marco, reducían solas en un resto de claridad, semejando un hormigueo de estrellitas.

VI

Palpitante aún de emoción, mientras la estrechaba en sus brazos, le había dicho aquella noche: